



Ayuntamiento de Madrid



DE LOS APENINOS A LOS ANDES



encerraba toda su fortuna, le asaltó repentina desanimación. Dos días permaneció arrinconado en la proa, como un perro, casi sin comer, y sintiendo gran necesidad de llorar. Toda clase de tristes pensamientos asaltaban su mente, y el más triste, el más terrible, era el que más se apoderaba de ella: el pensamiento de que hubiese muerto su madre. En sus sueños, interrumpidos y penosos, veía siempre la faz de un desconocido que lo miraba con aire de compasión, y después le decía al oído: «Tu madre ha muerto!» Y entonces se despertaba, ahogando un grito. Al fin, pasado el

estrecho de Gibraltar, en cuanto vió el Océano Atlántico, tomó un poco de ánimo y cobró esperanzas. Pero fué breve su alivio.

Aquel inmenso mar, igual siempre; el creciente calor, la tristeza de toda aquella pobre gente que le rodeaba; el sentimiento de la propia soledad, volvieron a echar por tierra sus pasados bríos. Los días se sucedían tristes y monótonos, confundiendo unos con otros en la memoria, como sucede a los enfermos. La parecía que hacía ya un año que estaba en el mar. Cada mañana, al despertar, experimentaba nue-

vo estupor al encontrarse allí solo, en medio de aquella inmensidad de agua, viajando para América. Los hermosos peces voladores que iban a cada instante a caer en el barco; aquellas admirables puestas del sol de los trópicos, con aquellas inmensas nubes de color de fuego y sangre; aquellas fosforescencias nocturnas que hacían aparecer a todo el Océano encendido como mar de lava, no le hacían el efecto de cosas reales, sino más bien de fantasmas vistos en el sueño. Hubo días de mal tiempo, durante los cuales permanecía encerrado continuamente en el camarote, donde to-



do bailaba y se caía, en medio de un coro espantoso de quejidos e imprecaciones, y creía que había llegado su última hora. Hubo otros días de mar tranquilo y amarillento, de calor insoportable e infinitamente aburrido; horas interminables y siniestras, durante las cuales los pasajeros, encerrados, tendidos, inmóviles sobre las tablas, parecía que estaban muertos. Y el viaje no acababa nunca: mar y cielo, cielo y mar, hoy como ayer, mañana como hoy, todavía, siempre, eternamente. Y él se pasaba las horas apoyado en la borda y mirando aquel mar sin fin, aturdido, pensan-

do vagamente en su madre, hasta que los ojos se le cerraban y la cabeza se le caía, rendida por el sueño; y entonces volvía a ver aquella cara desconocida que lo miraba con aire de lástima y le repetía al oído: «Tu madre ha muerto!» Y a aquella voz se despertaba sobresaltado, para volver a soñar con los ojos abiertos y mirando el inalterable horizonte. Veintisiete días duró el viaje. Pero los últimos fueron los mejores. El tiempo estaba bueno, y era fresco el aire. Había entablado relaciones con un buen viejo lombardo que iba a América a reunirse con su hijo, labrador de la ciu-

dad de Rosario; le había contado todo lo que ocurría en su casa, y el viejo, a cada instante, le repetía dándole palmaditas en el cuello: «¡Ánimo, galopín! Tú encontrarás a tu madre sana y contenta.» Aquella compañía le animaba, y sus presentimientos, de tristes, se habían tornado alegres. Sentado en la proa, al lado del viejo labrador, que fumaba en pipa, bajo un hermoso cielo estrellado, en medio de grupos de emigrantes que cantaban, se representaba mil veces en su pensamiento su llegada a Buenos Aires: se veía en una calle, encontraba la tienda, se echaba en bra-



zos del tío: «¿Cómo está mi madre?», «¿Dónde está?», «¡Vamos en seguida!», «En seguida vamos.» Corrían juntos, subían una escalera, se abrían una puerta... Y aquí el sordo soliloquio se detenía, se perdía su imaginación en un sentimiento de inexplicable ternura que le hacía sacar, a escondidas, una medallita que llevaba al cuello, y murmurar, besándola, sus oraciones. El vigésimo séptimo día, después de la salida, llegaron. Era una hermosa mañana de mayo cuando el buque echó el ancla en el inmenso río de la Plata, sobre una orilla en la cual se extiende la vasta

ciudad de Buenos Aires capital de la República Argentina. Aquel tiempo espléndido le pareció de buen agüero. Estaba fuera de sí de alegría y de impaciencia. Su madre se hallaba a pocas millas de distancia de él! ¡Dentro de pocas horas la habría ya visto! Y él se encontraba en América, en el Nuevo Mundo, y había tenido el atrevimiento de ir allí solo. Todo aquel larguísimo viaje le parecía entonces que había pasado en un momento. Le parecía haber volado, soñado, y haber despertado entonces. Y era tan feliz, que casi no se sorprendió ni se afligió cuando se registró

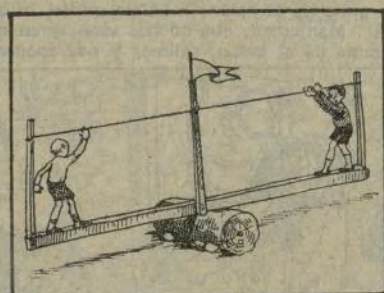
los bolsillos y se encontró una sola de las dos partes en que había dividido su pequeño tesoro, para estar seguro de no perderlo todo. Le habían robado la mitad, no le quedaban más que muy pocas pesetas; pero ¿qué le importaba ya, estando tan cerca de su madre? Con su baulillo al hombro, pasó, con otros muchos italianos, a un vaporcito, que lo llevó a poca distancia de la orilla; saltó del vaporcito a una lancha que llevaba el nombre de *Andrés Doria*, desembarcó en el muelle, se despidió (Continúa en el principio de la página siguiente.)

de su viejo amigo lombardo y se dirigió de prisa a la ciudad. Llegado a la desembocadura de la primera calle que encontró, paró a un hombre que pasaba y le rogó le indicase qué dirección debía tomar para ir a la calle de las Artes. Por casualidad se había encontrado con un obrero italiano. Este le miró con curiosidad, y le preguntó si sabía leer. El muchacho contestó que sí. «Pues bien—le dijo el obrero, indicándole la calle de que salía—; sube derecho, leyendo siempre los nombres de las calles en todas las esquinas, y acabarás por encontrar la que buscas.» El muchacho le dio las gracias, y siguió adelante la calle que le indicaron. Era una calle recta y larga, pero estrecha, flanqueada por casas bajas y blancas que parecían otras tantas casitas de campo: llena de gente, de coches, de carros, que producían ruido ensordecedor; aquí y allá se izaban inmensas banderas de varios colores en las

que había escritos, en gruesos caracteres, anuncios de salida de vapores para ciudades desconocidas. A cada instante, volviéndose a derecha e izquierda, veía otras calles que parecían tiradas a cordel, flanqueadas de casas, también blancas y bajas, llenas de gente y de carruajes, y situadas en el mismo plano de la extensa llanura americana, semejante al horizonte del mar. La ciudad le parecía infinita; creía que se podían pasar días y semanas viendo siempre, aquí y allá, otras calles como aquellas, y que toda América estaba formada así. Miraba atentamente los nombres de las calles; nombres raros, que le costaba leer. A cada calle nueva que divisaba sentía que le latía más de prisa el corazón, pensando que fuese la que buscaba. Miraba a todas las mujeres con la idea de encontrar a su madre. Vió una delante de sí, y le dió una sacudida el corazón; la alcanzó, la miró, era una negra. Y seguía andando, apretan-

do el paso; llegó a una plazoleta, leyó y quedó como clavado en la acera. Era la calle de las Artes. Volvió, vió el número 117; la tienda del tío era el número 175. Apretó más el paso, casi corría; en el número 171 tuvo que detenerse para tomar aliento, diciendo entre sí: «Ah, madre mía, madre mía! ¿Es verdad que te veré dentro de un instante?» Corrió más; llegó a una pequeña tienda de quincalla. Aquella era. Se asomó. Vió a una señora con el pelo gris y anteojos. «¿Qué quieres, niño?», le preguntó aquella en español. «No es ésta—dijo el muchacho, procurando echar fuera la voz—la tienda de Francisco Merelo?» «Francisco Merelo murió», respondió la señora en italiano. El chico recibió una fuerte impresión al oírlo. «¿Cuándo murió?» «Oh! Hace tiempo—respondió la señora—, algunos meses»

(Continuará.)

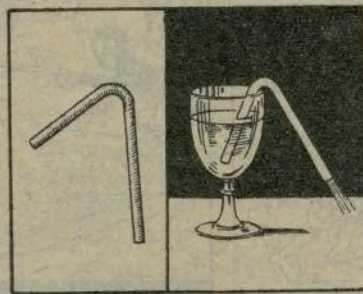


EL BALANCÍN

Ya sabéis todos en qué consiste el balancín: un palo largo apoyado por el centro sobre un soporte. Con el balancín pueden realizarse muchos juegos entretenidos. Uno de los más divertidos es el siguiente: Puesto el balancín en equilibrio, se coloca en el centro una bandera y en cada extremo se sujeta un palo, atando de uno a otro una cuerda que quede bien tirante. Hecho esto, el juego consiste en que dos niños, colocados cada uno en un extremo, y en equilibrio, lleguen a la bandera y retrocedan de nuevo al extremo sin caerse. Para ponerse en equilibrio deben ser ayudados por otros compañeros; pero una vez puestos en equilibrio, deben proceder sin ayudas. La pareja que logre llegar a la bandera y retroceder de nuevo a los extremos del balancín ganará lo acordado.



JUEGOS DE NIÑOS



EL SIFÓN

Todos los niños deben conocer lo que es un sifón, pues su empleo puede serles útil en mil ocasiones. ¿Qué es un sifón? Pues no es otra cosa que un tubo encorvado, como indica el dibujo. Ese tubo puede ser de metal, de cristal, de goma, etc. Como he dicho, el empleo del sifón puede ser muy útil. Frecuentemente se emplea para trasegar el vino de una vasija a otra, o para desocupar el líquido de un recipiente cualquiera. Veamos cómo se desocupa, por ejemplo, el agua de una copa. Se coge el sifón, se le llena de agua, se introduce uno de sus extremos en el agua de la copa manteniendo cerrado el otro; luego se baja éste de forma que quede más bajo que la mitad del agua de la copa; hecho esto, se le destapa y el agua irá saliendo hasta quedar la copa vacía. El extremo por donde sale el agua ha de estar siempre más bajo que el nivel del agua. Otro día indicaremos más aplicaciones del sifón.



RECREIOS CENITICOS

ESPAÑA MONUMENTAL, ARTISTICA Y REGIONAL



1.º Badajoz.—Torre de la Catedral.



2.º «San Sebastián», de Ribera.—Museo del Prado.



3.º Badajoz.—Escudo y tipo regional.



Cascarilla ★ PANCHO Y FARINA ★ Maravillosa Historia de Jeromín ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo



Cascarilla, en la puerta del estudio ha surgido un surtidor de agua; ve y tápalo con una piedra.



—Todo lo tengo que hacer yo; no he visto amo más mandón. ¿Qué trabajo le hubiera costado poner él la piedra?



El pastelero: —Siempre están los chicos poniendo piedras para que tropiecen los transeúntes. La echaré a un lado.



¡Caracoles! ¿Qué es esto que viene volando? ¡Sin duda alguien ha oído mis quejas, y comprendiendo la justicia de ellas.



Me regala un hermoso pastel que por lo que pueda venir, me voy a comer ahora mismo. ¿Gustan ustedes?



¡VINO DE JAJO! DE MÚSICAS Y VA ESTÁN SA CUDIENDO ESTÁ ALFOM-BRA



¿VOSOTROS QUERÉIS VER EL PROBLEMA DELA LIMPIEZA?



MIRA TÚ TÓCAS VO! BAILLO AL COMPASO, BRE LA AL FOM-BRA Y ASI LA LIMPIAMOS Y NOS DI-VERTIMOS



¡BIEN! SI SIGUE SI-QUE BAI-LANDO



«Jeromín» y «Luisita» están jugando al balompié cuando aparece «Mantecas» y «Colilla» dispues-tos a quitarles el balón. —Estáte quieto, «Colilla», dice el «Mantecas»; que no nos vean, y en cuanto «Jeromín» de al balón, salimos y nos apoderamos



aquel momento llegaban «Mantecas» y «Colilla», ce-lebrando de antemano el éxito de la tratada que habían ideado, y recibieron las caricias del asiento del mecedor, que, como es de suponer, les hizo ver las estrellas del cielo en pleno día, con gran rego-



En la refriega chocaron con uno de los palos de la portería y ésta se vino abajo, recibiendo el «Co-lilla», en plena coronilla, las caricias del tirante, que no era precisamente una caña de pescar. En resúmenes cuentas: que los dos gollos, con los mu-tuos obsequios que se propinaron y los que los cuar-



de él. ¡Ya, ya!, ésta es la oportunidad. Y los dos gollos salen corriendo para coger la pelota en el aire. Pero el balón chocó con tanta fuerza en la tabla de un mecedor, arrollado en el tirante de la portería del juego, que le hizo desenrollarse. En



«Jeromín» y «Luisita». «Colilla» echó la culpa del fracaso a «Mantecas» y se enredó con él a moji-jonas limpios; pero «Mantecas», que no era manco, ni menos generoso, correspondió al obsequio de «Colilla» dándole unas magníficas tortas.



En la refriega chocaron con uno de los palos de la portería y ésta se vino abajo, recibiendo el «Co-lilla», en plena coronilla, las caricias del tirante, que no era precisamente una caña de pescar. En resúmenes cuentas: que los dos gollos, con los mu-tuos obsequios que se propinaron y los que los cuar-



¡AHORA OS VAIS A CREER QUE SE OS CAE EL MUNDO ENCIMA!



¡ESTO ES UN TERREMOTO! «MIKI»



¿SE CONDE QUE HA REVEDO MUCHO DURAN-TE MI AUSENCIA? ¿CUERDA? ¿QUE ATROZI?



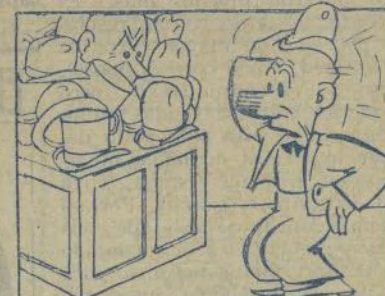
—Voy a comprarme un sombrero, porque con éste me conoce todo el mun-do, y eso no está bien en Carnaval.



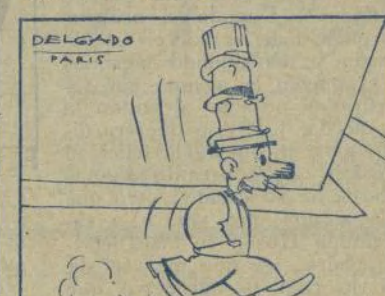
¡Magnífico! Eso sombrero le sienta a usted de primera. Parece hecho a la medida y le hace buena cara.



¡Caballero, por Dios! ¿Va usted a decirme que éste me sienta bien, cuan-do parece mi funda?



—Nada, no doy con uno que me sienta! Tendré que llevarme varios y



la gente dirá cuál de ellos me sienta me-jor. ¡Pero qué talento tengo! ¡No hay problema que se me resista!

CAN Y ABEL-CHICOS DE HOTEL KERESHA-NINA TRAVIESA



¡CUANDO SE AGACHÉ ADEL A COGER ESTA PESETA LE PEGO UN ESTACAZO, POR AM-BICIOSO!



¡CIELOS, UNA PESETA! ¿A QUIÉN SE LE HABRA CAÍDO?



¡ESTE DICHOSO PE-SETA SIEMPRE LE TENGO QUE DAR LA MITAD DE LOS PAS-TELES QUE COMPO



¡AHORA TE ATO A ESTA PUERTA Y AQUÍ TE QUEDAS! ¡AVER SI ME DEJAS EN PAZ!



¿MÁS LLAMADO? ¿QUE QUIERES? VO-RA DA



¡ME JEJE JE JA-JA-JA! ¡ASI ME GUSTA QUE TE DES UNA DUCHA TODOS LOS DIAS!



¡AY, QUE TRANQUILA ME QUEDAS! ¡PER EL PASTEL



¡¿QUE ES ESTO?!

¡SUCORRO! ¡SUCORRO! ¡AY, AY, AY!



La España Gloriosa



Quevedo nació en Madrid, el año 1580, de una noble familia de Santander. Siendo muy niño perdió a sus padres. Hizo sus primeros estudios en la famosa Universidad de Alcalá con tanto aprovechamiento que en poco tiempo llegó a dominar con gran perfección el griego, el latín, el árabe, el hebreo, el francés y el italiano. A los quince años se graduó en Teología, ciencia en la que descolló en alto grado, y a los veintitrés era la admiración de los grandes maestros y sabios españoles por sus conocimientos humanistas, matemáticos, astronómicos, filosóficos, jurídicos, así como en Medicina. A tanto llegó la fama de su enciclopédico saber que era frecuentemente consultado por los sabios. El gran historiador P. Mariana le encomendaba el examen y corrección de los textos hebreos que utilizaba en sus escritos. Las ciencias morales y políticas le eran también familiares. Todos estos conocimientos le permitieron escribir obras notabilísimas, especialmente teológicas y morales. En su juventud cultivó la poesía con gran ingenio, siendo famosas sus letrillas por el donaire e intencionadas alusiones con que están escritas. Falto de la dirección materna, dejóse llevar de innobles pasiones, que le condujeron a mil episodios novelescos, en los que no faltaban los desafíos y cuchilladas con estudiantes, pícaros y nobles. Esta condición pendenciera y donjuanesca le duró toda su vida, y ella fué la causa de que sufriera persecuciones que hicieron su vida azarosa en grado sumo. Un día dió muerte, en las puertas de la iglesia de San Martín, a un noble que había ofendido a una mujer hermosa. Por su noble alcurnia y por su gran saber, Quevedo tenía entrada en palacio y trato con los nobles y palaciegos, sin que ello le impidiera frecuentar también el de la gente del estado llano y plebeyo; pero su mayor amistad la tuvo con don Pedro Téllez de Giron, duque de Osuna, que en 1609 regresó de las campañas de Flandes, y, al año siguiente, era nombrado virrey de Sicilia. Acaso los negocios domésticos o las resultas del desafío de la iglesia de San Martín, pues el muerto pertenecía a una familia poderosa, obligaron a Quevedo a retirarse a la Torre de Juan Abad, de donde pasó a Sicilia, para reunirse con el duque de Osuna, con quien compartió las fatigas del mando, acompañándole en el riesgo, encaminando, con sus sabios consejos, los instintos generosos del virrey y templando con su gracejo la violencia del carácter de su amigo. Dos años después (1615), el Parlamento de Sicilia le eligió embajador ante Felipe III. Quevedo hizo el viaje por mar hasta Marsella, donde desembarcó felizmente; pero en Montpellier fué preso por los hugonotes, que, al cabo de tres días, le soltaron, y padeció tres prisiones más antes de entrar en España y llegar a Burgos, donde se encontraba la corte. Gracias a sus artes consiguió Quevedo no sólo para sí la merced de una pensión de 400 ducados en premio a sus servicios a Sicilia, sino el nombramiento de virrey de Nápoles a favor del duque de Osuna, electo gobernante que mereció el sobrenombre de *el Grande*.

(Continuará.)

ANDALUCIA



—¿Cuál es el colmo de un estudiante?
—Estudiar en hojas de árbol, escribir con plumas de pájaro y tinta de calamar.
Carmelina S. Martínez (Cutillas).

—Pues cadena temporal... La *cadena* para el reloj y el *temporal* para el paraguas.

Juan Monjón (Iznatoraf).

PARECIDOS

—¿En qué se parecen una librería a una panadería?

—En que en las dos hay libretas.

Justo Montero (Perales del Puerto.)

—¿Cómo se debe coger un conejo para matarlo?

CHISTE

CHISTE
—¿Qué pena daría un fiscal a un ratero que ha robado un reloj y un paraguas.

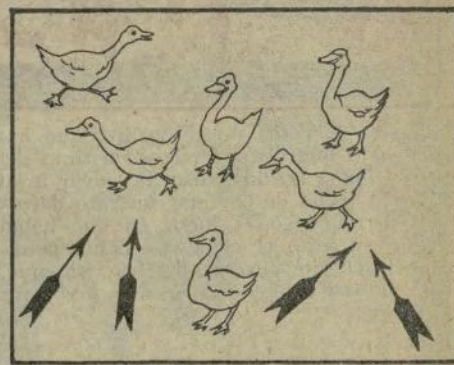
—Te lo diré en secreto. Para matar un conejo, se le debe coger vivo.

Francisco Rivas Gallardo (Orgiva).

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos, del 1 al 34, y descifraréis el enigma del dibujo.



2.º Esos patos necesitan, para morir, dos flechazos. ¿Cómo os las arreglaréis para con esas cuatro flechas matar a todos disparando cada flecha una sola vez?

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda, Madrid.



Duncan Watson era un joven pastor escocés, al que la pobreza le obligaba a apacentar los ganados de un rico hacendado, en compañía de su padre. Era en pleno invierno y los campos estaban cubiertos por la nieve, cuando Duncan observó que una águila de grandes dimensiones descendía rápidamente sobre el rebaño, llevándose entre sus

garras un corderillo. El muchacho comenzó a gritar, por ver si con sus voces abandonaba el águila la presa, pero como este procedimiento fuera completamente inútil, decidió salir en persecución del ave rapaz, pues no estaba dispuesto a perder el cordero. Después de mucho correr, procurando no perder el águila de vista, llegó, con la ropa des-

trozada por los breñales, a una gran peña inaccesible, en la que el águila había hecho alto, sin duda por hallarse allí su nido. Entonces Duncan comenzó a tirar pedruscos al águila, que tuvieron la virtud de hacerla huir, dejando abandonada su presa. No sin gran trabajo, pues como acabamos de decir la peña era casi inaccesible, nuestro pe-



queño héroe llegó hasta donde se hallaba el corderillo, que profería balidos lastimeros, y abrigándole en su pecho, bajó con él, satisfecho de haberle salvado. En esto la nevada había ido haciéndose más densa, y el niño, no pudiendo guiarse por sus huellas en el camino que había recorrido, se extravió, yendo a parar a un desnivel del terre-

no, relleno de nieve, en el que quedó casi sepultado. Duncan se juzgó perdido, pues no creía que nadie fuese a dar con él a aquellas alturas. Mas su padre, que cuando ocurrió el suceso se había alejado de Duncan por exigencias del terreno, notó que su hijo había desaparecido y el rebaño, por lo tanto, estaba solo. Presa de gran ansiedad y sospe-

chando que algo grave le sucedía a su hijo, miró en todas direcciones, sin hallar ningún rastro de la desaparición. Desconsolado estaba nuestro hombre, sin saber qué partido tomar, cuando el perro, que había estado atento a todos sus movimientos, después de husmear en varias direcciones, echó a correr hacia el sitio en que Duncan se hallaba,



seguido, de cerca por el padre, que había visto que el maravilloso instinto del perro iba a ser la causa de salvar a su hijo. Al cabo de caminar un rato detrás del perro, llegó al lugar en que había caído su hijo, el cual casi había perdido el sentido a causa del frío, sin que, sin embargo, abandonara al cordero, que

tenía fuertemente asido. Excusó decir la gran alegría que experimentó Duncan cuando vió a su padre; instantes después, con ayuda de sus cayadas, Duncan estaba fuera de peligro. Después de esto, y como ya había anochecido, se fueron a la alquería, en donde el padre refirió lo sucedido. Aquella noche fueron

obsequiados con una cena extraordinaria en la cocina, después de haber prometido el amo a Duncan que cuando fuese mayor le haría mayoral de sus rebaños, pues con aquella acción descubría un carácter noble, digno de ser premiado.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Churrete manifestó deseos de visitar su reino, pero en aeroplano, y como allí no había elementos para fabricarlo,

mandó que le cazasen un tigre. Los negritos, aunque salvajes, nunca se habían dedicado a tal cosa; pero por dar

gusto a su rey, cogieron sus flechas y se fueron a la selva y organizaron una batida. (Continuará.)